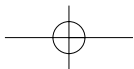
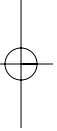


HOOD



# HOOD

STEPHEN R.  
LAWHEAD



TRILOGÍA  
REY CUERVO

timun**mas**



Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente,  
sin el previo permiso escrito del editor.  
Todos los derechos reservados.

Diseño mapa: Mary Hooper  
Ilustraciones de interior: © Stéphanie Kobi/Shutterstock ;  
©Tischenko Irina/Shutterstock

Título original: *Hood*  
Traducción: © Isabel Clúa Ginés

Primera edición: febrero de 2008

© Stephen Lawhead, 2007

© Scyla Editores, S. A., 2008  
Diagonal 662-664. 08034 Barcelona (España)  
Timun Mas es marca registrada por Scyla Editores S. A.  
[www.timunmas.com](http://www.timunmas.com)

ISBN: 978-84-480-3622-5 ( Obra Completa)

ISBN: 978-84-480-3623-2

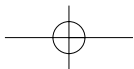
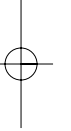
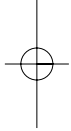
Preimpresión: Zero pre impresión, S. L.

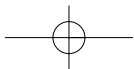
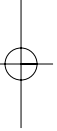
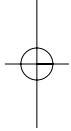
Depósito Legal: M. 1.406-2008

Impreso en Huertas Industrias Gráficas, S. A.



*Este libro está dedicado  
a la Schloss Mittersill Community  
como muestra de mi más sincero agradecimiento  
por su comprensión, ánimo y apoyo*





## Prólogo

El jabalí era joven y cauteloso, una pieza de apenas un año que olisqueaba tímidamente el aire intentando detectar aromas extraños mientras se aventuraba en la luz, color de miel, del día que declinaba rápidamente. Bran ap Brychan, príncipe de Elfael, había pasado todo el día acechando en el bosque, en busca de un premio apropiado, y tenía la intención de que fuera éste.

Con ocho años de edad y único heredero del rey, sabía perfectamente que nunca le permitirían adentrarse solo en el bosque. Así que, en vez de pedir permiso, aquella mañana, temprano, simplemente había robado un arco y cuatro flechas del *caer* sin que nadie se diera cuenta. Esta caza, como el joven jabalí, estaba dedicada a su madre, la reina.

Ella amaba la caza y se regocijaba con la belleza salvaje y la excitación visceral de la persecución. Incluso cuando no cabalgaba, preparaba una bienvenida para los cazadores, obsequiándoles con trofeos y música, guiando a las mujeres en los cantos.

—No temas —le dijo a Bran cuando, siendo un niño pequeño, había quedado asombrado e incluso se había asustado un poco con el ruido y el jolgorio—. Pertenece a la tierra. ¡Mira, Bran! —Alzó una delgada mano hacia las colinas y el bosque, que se alzaba como una muralla viviente más allá—. Todo lo que ves es obra de la mano de Nuestro Señor. Nos regocijamos por sus dones.

Golpeada por una fiebre que la consumía, la reina Rhian

había estado enferma durante la mayor parte del verano, y en su imaginación infantil, Bran había decidido que si podía presentarse ante ella con un ciervo o un jabalí que hubiera abatido él mismo, volvería a reír y a cantar como siempre, y se sentiría mejor. Estaría bien de nuevo.

Todo lo que necesitaba era un poco más de paciencia y...

Quieto como una piedra, esperó en las sombras, cada vez más espesas. El pequeño jabalí se había acercado, sus afiladas orejas tiesas, enhiestas. Dio un paso más y se detuvo para morder los tiernos brotes de una malva. Bran, con el culatín de la flecha ya apoyado en la cuerda, abrió el arco, sintiendo la tensión en el hombro y la espalda, justo como Iwan le había enseñado que debía sentir.

—No te fijas en la flecha —le había instruido el joven—, sólo piensa en el objetivo. Envíala con tu pensamiento, y si tu pensamiento es certero, también lo será la flecha.

Tensando el arco hasta el límite de su fuerza, respiró hondo y soltó la cuerda. Sintió un afilado hormigueo en las puntas de sus dedos. La flecha centelleó en la distancia, golpeando al jabalí en la parte baja del pecho, detrás de las patas delanteras. Asustado, agitó su rígido rabo y se dio la vuelta para huir hacia el bosque..., pero apenas dos pasos después, sus patas se enredaron, trastabilló y cayó. La criatura abatida gruñó una vez más e intentó levantarse; entonces cayó muerto.

Bran dejó escapar un salvaje grito de triunfo. ¡Tenía el premio!

Corrió hacia el jabalí y puso su mano en el torso lustroso y delicadamente moteado del animal, sintiendo su calidez.

—Lo siento, amigo mío, y te doy las gracias —murmuró, tal y como Iwan le había enseñado—. Necesito tu vida para vivir!

Fue sólo cuando intentó cargarse al hombro a su víctima cuando Bran se dio cuenta de su gran error. El peso muerto del animal era más de lo que podía levantar. Con el corazón desbochado, permaneció mirando su glorioso premio mientras las lágrimas acudían a sus ojos. No servía de nada si no podía llevar el trofeo a casa, triunfalmente.

Hundiéndose en el suelo, junto al cálido despojo, Bran se cogió la cabeza entre las manos. No podía cargarlo y tampoco iba a dejarlo. ¿Qué podía hacer?

Mientras estaba sentado, contemplando su problema, los sonidos del bosque se hacían más y más fuertes: el rumor de una ardilla en la copa de un árbol, el ajetreado zumbido de los insectos, el crujido de las hojas, el palpitante aleteo sobre él, y entonces...

—¡Bran!

Bran se sobresaltó al oír la voz. Miró a su alrededor esperanzado.

—¡Aquí! —gritó—. ¡Aquí! ¡Necesito ayuda!

—Vete. —La voz parecía provenir de arriba. Alzó los ojos y vio un gran pájaro negro mirándolo desde una rama, justo encima de su cabeza.

Sólo era un viejo cuervo.

—Vete —dijo el pájaro—. Vete.

—No lo haré —gritó Bran. Recogió una rama que estaba en el camino, tomó impulso y se la arrojó a aquel pájaro impertinente—. Cállate.

La rama golpeó la percha en la que se apoyaba el cuervo y el pájaro alzó el vuelo con un grito que a Bran le sonó como una risa.

—¡Ja, ja, ja! ¡Ja, ja, ja!

—Estúpido pájaro —murmuró.

Girándose otra vez hacia el jabalí, que estaba junto a él, recordó lo que había visto hacer a otros cazadores con las piezas pequeñas. Sacó la cuerda de su arco, juntó las patas de la criatura y ató las pezuñas con la cuerda. Entonces, pasando el cuerpo del arco entre las pezuñas atadas y asiendo el fuerte peso con las dos manos, intentó levantarlo. El animal todavía era demasiado pesado para él, de modo que empezó a arrastrar su trofeo a través del bosque, usando el arco.

Era una marcha lenta, incluso en el despejado camino, con paradas frecuentes para enjugar el sudor de sus ojos y recuperar el aliento. Mientras, el día se desvanecía a su alrededor.

No le importaba. No iba a abandonar. Apretando el arco entre sus manos, luchaba, paso a paso, remolcando el jabalí a lo largo del camino. Alcanzó el lindero del bosque cuando el último destello del crepúsculo declinaba en el valle, por el oeste.

—¡Bran!

El grito le hizo saltar. No era un cuervo esta vez, sino una

voz familiar. Se dio la vuelta y miró por la vertiente que descendía hasta el valle. Vio a Iwan dirigiéndose hacia él, con sus largas piernas acortando la distancia a grandes zancadas.

—¡Aquí! —gritó Bran, agitando los doloridos brazos por encima de la cabeza—. ¡Estoy aquí!

—¡En nombre de todos los santos y de todos los ángeles! —exclamó el muchacho cuando estuvo lo bastante cerca—. ¿Qué crees que estás haciendo aquí?

—Cazar —contestó Bran. Señaló su víctima con orgullo de cazador y dijo—: Se cruzó ante mi flecha ¿lo ves?

—Lo veo —respondió Iwan. Echando un vistazo al jabalí, se dio la vuelta y continuó—: Tenemos que irnos. Es tarde. Todo el mundo te está buscando.

Bran no hizo ademán de seguirle.

—Déjalo Bran. Te están buscando. Debemos darnos prisa —dijo Iwan mirando atrás.

—No —replicó Bran—, no sin el jabalí. —Se inclinó una vez más hacia el cadáver, asió el arco y empezó a tirar de nuevo.

Iwan lo cogió bruscamente del brazo y tiró de él.

—Deja esa maldita cosa.

—Es para mi madre —gritó el niño. Las ardientes lágrimas brotaron rápidamente de sus ojos. Cuando empezaron a caer, inclinó la cabeza y repitió débilmente—: Por favor, es para mi madre.

—¡Por Judas traidor! —Iwan se paró, suspirando con exasperación—. Vamos pues. Lo cargaremos juntos.

Iwan cogió un extremo del arco, Bran cogió el otro y entre ambos levantaron al animal del suelo. La madera crujió, pero no se rompió, y emprendieron la marcha otra vez. Bran trataba de mantener el paso de las largas piernas de su amigo.

La noche caía sobre ellos. El *caer* no era si no una melancólica sombra sobre el montículo, en el centro del valle, cuando un grupo de batidores apareció.

—Estaba cazando —les informó Iwan—. Un cazador nunca deja atrás a su presa.

Los jinetes aceptaron la explicación, y el pequeño jabalí fue rápidamente colocado tras la silla de uno de los caballos. Bran e Iwan montaron con los otros jinetes y el grupo cabalgó hacia

el *caer*. En el momento en que llegaron, Bran saltó del caballo y corrió hacia la habitación de su madre, más allá del salón.

—Rápido —gritó—. ¡Traed el jabalí!

La habitación de la reina Rhian estaba iluminada con velas, y dos mujeres velaban junto a la cama cuando Bran irrumpió. Corrió junto al lecho y se arrodilló.

—¡Mamá! ¡Mira qué te he traído!

Ella abrió los ojos y lo reconoció.

—Aquí estás, cariño. Dijeron que no podían encontrarte.

—Fui a cazar —anunció—. Para ti.

—Para mí —susurró ella—. Muy bonito, sí. ¿Qué encontraste?

—Mira —dijo con orgullo cuando Iwan entró a grandes zancadas en la habitación con el jabalí colgando de los hombros.

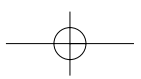
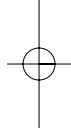
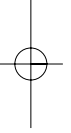
—Oh, Bran —exclamó, la sombra de una sonrisa curvó sus secos labios—. Bésame, mi valiente cazador.

Inclinó la cara sobre la de su madre y sintió el calor de sus labios secos en ella.

—Ahora vete. Dormiré un poco —le dijo—. Y soñaré con tu triunfo.

Entonces cerró los ojos y Bran fue conducido fuera de la habitación. Pero ella había sonreído y para él eso valía todo el oro del mundo.

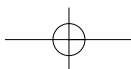
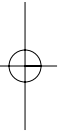
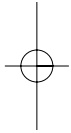
Por la mañana, la reina Rhian no despertó. A la tarde siguiente había muerto y Bran ya nunca volvió a ver sonreír a su madre. Y aunque continuó perfeccionando sus habilidades con el arco, perdió todo interés en la caza.

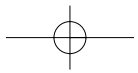
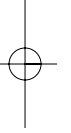
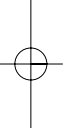




# PARTE I

## EL DÍA DEL LOBO







## Capítulo 1

**B**ran! —El grito resonó por todo el patio empedrado—.  
¡Bran! ¡Mueve tu maldito trasero hasta aquí! ¡Nos vamos!

Con el rostro enrojecido por la cólera, el rey Brychan ap Tewdwr subió resueltamente a su montura y entrecerró los ojos, revisando las filas de hombres a caballo que esperaban sus órdenes. Su irresponsable hijo no estaba entre ellos. Dándose la vuelta hacia el guerrero que estaba junto a él, preguntó:

—Iwan, ¿dónde está ese muchacho?

—No lo he visto, mi señor —contestó el campeón del rey—. Ni esta mañana ni ayer por la noche, en la mesa.

—¡Maldita sea su desvergüenza! —gruñó el rey, arrebatando las riendas de las manos de su paje—. La única vez que lo necesito a mi lado y está revoloteando en la cama de su furcia. No sufriré su insolencia y no esperaré.

—Si os complace, mi señor, enviaré a uno de los hombres a buscarlo.

—¡No! ¡No me complace, maldita sea! —bramó Brychan—. ¡Que se quede atrás, y que el demonio lo lleve!

Volviendo a su posición, ordenó que el portón se abriera. Las pesadas puertas de madera de la fortaleza rechinaron y se abrieron de par en par. Alzando la mano, dio la señal.

—Cabalgad —gritó Iwan con voz alta y clara en la calma de la mañana.

El rey Brychan, señor de Elfael, partió con treinta y cinco *cymry* de su hueste a su espalda. Los guerreros, cabalgando en parejas y en tríos, descendieron por la suave ladera de la colina y se desplegaron por las formas suaves del poco profundo valle, vadeando la corriente que cruzaba la pradera y siguiendo la cañada mientras se elevaba hasta encontrar el oscuro e imponente linde del bosque, conocido en la tradición del valle como Coed Cadw, el Bosque Guardián.

En el lindero de la espesura, Brychan y su escolta se incorporaron al camino. Antiguo, lleno de profundos baches, cubierto de hierba y hundido entre altos bancos de tierra, el sucio y árido camino torcía hacia el sur y hacia el este por encima de las ásperas colinas y a través de la enorme extensión del primitivo bosque hasta que descendía hacia el ancho Wye Vale, donde discurría a lo largo del curso alegre, amplio y de verdes aguas del río.

Más allá, el camino atravesaba las dos principales ciudades de la región: Hereford, una ciudad comercial inglesa, y Caer Gloiu, el antiguo asentamiento romano en las amplias y pantanosas tierras bajas del estuario de Mor Hafren. En cuatro días, ese mismo camino los llevaría a Lundein, donde el señor de Elfael afrontaría la prueba más difícil de su largo y arduo reinado.

—Hubo un tiempo —observó Brychan amargamente—, en el que el último guerrero que llegaba al punto de encuentro era ejecutado por sus compañeros como castigo por su falta de celo. Se consideraba la primera fatalidad de la batalla.

—Permitidme que busque al príncipe por vos —se ofreció Iwan—. Podría alcanzarnos antes de que acabe el día.

—Ni hablar. —Brychan rechazó la sugerencia con un brusco manotazo—. Hemos gastado demasiado tiempo y energía con ese rapaz inútil. Ya trataré este asunto con él cuando volvamos —dijo, añadiendo entre dientes—: Y a fe que deseará no haber nacido.

Haciendo un esfuerzo, el anciano rey dejó a un lado todos los pensamientos sobre su libertino hijo y guardó silencio, un hosco silencio que duró todo el día. Al alcanzar Wye Vale, los viajeros descendieron por la ancha vertiente hacia el valle y continuaron a lo largo del río. El camino estaba en buen estado y el río era amplio, poco profundo y fluía apaciblemente. Alrededor

del mediodía pararon en las riberas cubiertas de musgo para abreviar a los caballos y comer, ellos mismos, alguna cosa antes de continuar.

Iwan había dado la señal de volver a montar y estaban tirando de las riendas de los caballos para separarlos del agua cuando se oyó el tintineo de un caballo trotando en el camino. Un momento después aparecieron cuatro jinetes, asomando junto a la base de un alto precipicio.

Al atisbar los largos y pálidos rostros bajo sus brillantes yelmos, el rey sintió un nudo en el estómago.

—¡Francos! —rezongó Brychan, llevando la mano a la espada. Eran *marchogi* normandos, y el rey britano y sus hombres los odiaban profundamente.

—A las armas, soldados —gritó Iwan—. ¡En guardia!

Al ver la hueste británica, los jinetes normandos pararon en el camino. Llevaban yelmos cónicos y, a pesar de que el día era caluroso, pesadas cotas de malla sobre chalecos de cuero acolchado que les llegaban por debajo de las rodillas. Sus espinillas estaban cubiertas por grebas de acero pulido, y unos guanteletes de cuero protegían sus manos, muñecas y antebrazos. Todos llevaban una espada en la cintura y una lanza corta guardada en una bolsa junto a la silla de montar. Un pequeño escudo en forma de gota de lluvia alargada, pintado de azul, pendía de sus espaldas.

—Montad —ordenó Iwan, subiendo a su caballo.

Brychan, al frente de sus tropas, saludó en su propia lengua, curvando los labios en una inusual sonrisa de bienvenida. Al ver que el saludo no era respondido, lo intentó en inglés, la odiada lengua que era necesario emplear cuando se trataba con los atrasados pueblos extranjeros. Uno de los jinetes pareció entender. Replicó brevemente en francés, y entonces se dio la vuelta y espoleó al caballo por el camino por donde había venido. Sus tres compañeros permanecieron en el mismo sitio, mirando a los guerreros britanos con desconfianza y desdén.

Viendo que su intento de bienvenida, que había pronunciado de tan mala gana, había sido rechazado, Brychan tomó las riendas y avanzó con su montura.

—Cabalgad, hombres —ordenó—. Y mantened vuestros ojos fijos en esos sucios diablos.

Al aproximarse los britanos, los tres caballeros cerraron filas, bloqueando el camino. Poco dispuesto a soportar un insulto, por leve que fuera, Brychan les ordenó que se apartaran. Los caballeros normandos no contestaron, sino que permanecieron firmemente plantados en el centro del camino.

Brychan estaba a punto de ordenar a sus hombres que desenvainaran las espadas y cargaran contra aquellos idiotas arrogantes cuando Iwan habló diciendo:

—Mi señor, nuestros asuntos en Lundein pondrán fin a este vergonzante acoso. Soportemos este último desaire con buena voluntad y que la vergüenza caiga sobre las cabezas de estos cerdos cobardes.

—¿Les cederías el paso?

—Lo haría, mi señor —contestó el campeón sin alterarse—. No queremos que las noticias de una pelea puedan malograr nuestra petición en Lundein.

Brychan contempló con gesto sombrío a los soldados francesos.

—¿Mi señor? —dijo Iwan—. Creo que es lo mejor.

—Muy bien —respondió finalmente, con enojo, el rey. Volviéndose a los guerreros que estaban tras él, les dijo—: Para mantener la paz, nos iremos.

En el momento en que los britanos estaban a punto de alcanzar el camino, el primer jinete normando regresó acompañado de otro hombre, sobre una montura gris pálido y una alta silla de cuero. Llevaba una capa azul, cerrada en la garganta con un gran broche de plata.

—Vosotros —dijo en inglés—. ¿Qué estáis haciendo?

Brychan se detuvo y se dio la vuelta.

—¿Me habláis a mí?

—Os hablo a vos —insistió el hombre—. ¿Quién sois y adónde vais?

—Os dirigís a Rhi Brychan, señor y rey de Elfael —respondió Iwan rápidamente—. Tenemos asuntos que resolver en Lundein. No buscamos pelea y quisiéramos pasar en paz.

—¿Elfael? —preguntó el hombre de la capa azul. A diferencia de los demás, no llevaba armas y sus guanteletes eran de cuero blanco—. Sois britanos.

—Lo somos —respondió Iwan.

—¿Cuáles son esos asuntos que os llevan a Lundein?  
—No son de vuestra incumbencia —replicó Brychan—. Sólo pedimos viajar en paz.

—Quedaos donde estáis —respondió el hombre de la capa azul—. Llamaré a mi señor y pediré su opinión al respecto.

El hombre espoléo su montura y desapareció tras la curva del camino. Los britanos esperaron, cada vez más irritados e incómodos bajo el ardiente sol.

El hombre de la capa azul reapareció unos instantes después y con él había otro, también vestido de azul, pero ataviado con una camisa de lino blanco inmaculado y unas calzas de fino terciopelo. Más joven que los otros, llevaba el pelo largo, como una mujer. Con una escasa y pálida barba rizándose a lo largo de la suave línea de su mandíbula parecía un jovencuelo que se hubiera vestido con las ropas de su padre. Como los otros, llevaba un escudo al hombro y una larga espada a la cintura. Su caballo era negro y más grande que cualquier caballo de tiro que Brychan hubiera visto jamás.

—¿Dices ser Rhi Brychan, señor de Elfael? —preguntó el recién llegado, con un acento tan marcado que los britanos apenas pudieron entender sus palabras.

—No digo nada, señor —replicó Brychan con lacónica cortesía, en un inglés tan cerrado que se le trababa la lengua—. Es un hecho consumado.

—¿Por qué te diriges a Lundein con tu hueste? —inquirió el joven de tez pálida—. ¿Acaso pretendes atacar al rey William?

—De ningún modo, señor —intervino Iwan, respondiendo para evitar a su señor la indignidad de esta cruda pregunta—. Vamos a jurar fidelidad al rey de los francos.

Al oír esto, las dos figuras vestidas de azul se acercaron y empezaron a deliberar entre murmullos.

—Es demasiado tarde. El rey William no os recibirá.

—¿Quién sois vos para hablar por el rey? —preguntó Iwan.

—Os lo repito, este asunto no os concierne —añadió Brychan.

—Os equivocáis. Se ha convertido en un asunto de mi incumbencia —replicó el joven de azul—. Soy el conde Falkes de Braose y se me han concedido las tierras de Elfael. —Metió la

mano en la camisa y sacó un trozo de pergamino—. He recibido esto como garantía de la mano del mismo rey William.

—¡Mentiroso! —bramó Brychan, desenvainando la espada. Los treinta y cinco hombres de su hueste desenvainaron también sus aceros.

—Tenéis una oportunidad —les informó el caballero normando autoritariamente—. Deponed las armas y juradme lealtad...

—¿O? —sonrió con desprecio Brychan, mirando desdeñosamente a los cinco guerreros francos que estaban ante él.

—O morid como perros, que es lo que sois —replicó escuetamente el joven.

—¡Adelante! —gritó el rey britano golpeando la grupa de su caballo con la espada—. ¡A por ellos!

Iwan alzó la espada y la hizo voltear dos veces sobre la cabeza como señal a sus guerreros, y toda la hueste espoleó a sus caballos para atacar. Los normandos mantuvieron su posición durante unos segundos, y entonces se dieron la vuelta como un solo hombre y huyeron por el camino desapareciendo tras la curva, en la base del precipicio.

El rey Brychan fue el primero en alcanzar el lugar. Entró en la curva al galope, dirigiéndose directamente hacia una partida de más de trescientos *marchogi* normandos armados, caballeros e infantes, que esperaban con las armas dispuestas.

Tirando de las riendas hacia un lado, el rey cambió la dirección de su montura y se encaminó hacia el margen del río.

—¡Emboscada! ¡Emboscada! —gritó a los que galopaban tras él—. ¡Es una trampa!

Los *cymry* que llegaban, viendo a su rey huyendo por el agua con un grupo de *marchogi* a su espalda, se apresuraron a cortarles el paso. Alcanzaron el flanco enemigo y cargaron al galope, con las lanzas en ristre.

Los caballos se encabitaron y se desplomaron, los jinetes cayeron y fueron pisoteados. La carga británica abrió una brecha en el flanco normando y penetró profundamente entre sus filas. Usando lanzas y espadas, avanzaron causando grandes daños a través de la densa tropa enemiga.

Iwan, que lideraba el ataque, rasgaba el aire con su lanza, cargando una y otra vez y abriendo una senda carmesí a través

de los hombres y los caballos. Con una eficiencia letal, luchó contra los *marchogi* mejor armados y mejor protegidos y pronto se distanció de sus compañeros.

Se dio la vuelta y miró atrás, y vio que el ataque de los britanos había sido neutralizado. Los caballeros normandos habían resistido la embestida inicial de la carga y ahora envolvían a la pequeña fuerza de *cymry*. Era el momento de dispersarse, para que los guerreros no quedaran rodeados.

Sacudiendo las riendas, Iwan volvió atrás, pasando entre los cuerpos de aquellos a los que había derribado. Casi había alcanzado el principal grupo de guerreros *cymry* cuando dos enormes caballeros normandos, montados en gigantescos corceles, le cerraron el camino. Con las espadas en alto, cayeron en picado sobre él.

Iwan hincó su lanza en el de la derecha, sólo para que el de la izquierda le partiera el astil por la mitad. Lanzando el extremo roto a la cara del normando, desenvainó la espada y, tirando fuertemente de las riendas, hizo girar a su montura y se escabulló mientras los dos se acercaban hasta tenerlo al alcance. Uno de los caballeros arremetió contra él, abalanzándose salvajemente. Iwan sintió la punta de la espada clavarse en la parte superior de la espalda, pero ya estaba escapando.

Mientras, el rey Brychan había alcanzado el río y había dado la vuelta para plantar cara a sus atacantes: cuatro *marchogi* al galope empuñando sus afiladas lanzas. Arremetiendo con su espada, Brychan golpeó al primer jinete e impactó sonoramente en la parte superior del escudo. Entonces se volvió hacia el segundo y alcanzó la pierna expuesta del hombre. El guerrero lanzó un aullido y tiró el escudo a la cara del rey Brychan. Éste lo golpeó violentamente con la empuñadura de su espada, apartándolo. El escudo dio la vuelta y cayó, revelando la punta de una lanza.

Brychan se hizo atrás para evitar el impacto, pero la lanza le alcanzó en el vientre, justo bajo su ancho cinturón. El filo lo abrasó al traspasar su cuerpo. Dejó escapar un brutal gruñido y la partió salvajemente con la espada. El astil de la lanza se rompió, llevándose unos pocos dedos del soldado con él.

Alzando la espada otra vez, el rey se encaró con el siguiente atacante..., pero era demasiado tarde. Mientras levantaba el

brazo, un filo enemigo se clavó en él. Sintió una fría punzada y una oleada de dolor le recorrió la extremidad. Su mano perdió la fuerza y la espada resbaló de entre los dedos mientras él oscilaba en la silla, intentando recuperarse del impacto.

Iwan, que había escapado del fragor de la batalla, corrió a ayudar a su señor. Vio cómo la espada del rey caía al agua mientras Brychan se tambaleaba y finalmente se desplomaba sobre el arzón. El campeón cortó el brazo de uno de sus atacantes y abrió el costado del otro mientras avanzaba veloz. Entonces, un grupo de atacantes normandos le cerró el paso. Atacando con energía y determinación, intentó abrirse camino a pura fuerza, pero los jinetes enemigos cerraron filas contra él.

Su espada se convirtió en un centelleo a su alrededor mientras golpeaba una y otra vez. Derribó a un caballero, cuya mal calculada embestida se desvió e hirió a otro. Éste, azuzó desesperadamente su caballo y se puso fuera del alcance del letal filo del campeón.

Cuando se volvió para enfrentarse al tercer atacante, Iwan atisbó al rey luchando para mantenerse en su montura. Vio a Brychan balancearse y caer de su caballo al agua.

El rey intentó ponerse de rodillas y contempló a su campeón luchando por alcanzarlo, a poca distancia.

—Cabalga —le gritó—. Huye. Debes avisar a la gente.

El rey Brychan hizo un último esfuerzo para levantarse, se apoyó en un pie y dio un paso tambaleante, y entonces cayó. La última cosa que Iwan vio fue el cuerpo del rey, flotando boca abajo en las turbias y sangrientas aguas del Wye.



## Capítulo 2

**U**n beso antes de partir —murmuró Bran, tomando un mechón de espeso cabello negro y acercando un rizo a sus labios—. Sólo uno.

—No —replicó Mérian, empujándolo—. Vete de aquí.

—Primero, un beso —insistió él, aspirando el aroma a rosas de su piel y su cabello.

—Si mi padre te encuentra aquí, nos despellejará a los dos —dijo ella, todavía resistiéndose—. Vete ahora, antes de que alguien te vea.

—Sólo un beso, lo prometo —susurró Bran, acercándose.

Ella contempló vacilante al joven que estaba a su lado. Ciertamente, no había otro en los valles como él. Nadie se le igualaba en aspecto, ni en gracia, ni en su vivo y seductor atractivo. Con el pelo negro, la hermosa frente y una sonrisa siempre dispuesta, que era, como de costumbre, huidiza y engañosamente tímida, la simple visión de Bran ap Brychan provocaba que los corazones de las damas, jóvenes y viejas, suspiraran a su paso.

A ello se añadía una fina ironía y un carácter libre, indómito, de modo que el príncipe de Elfael era, sin ninguna duda, el soltero más apasionadamente nombrado por las jóvenes casaderas de la región. El hecho de que ocupara el primer lugar en la línea sucesoria no pasaba desapercibido a ninguna de ellas. Más de una joven dama, enferma de amor, suspiraba cada noche al irse a dormir, con la ferviente esperanza de ganarse el co-

razón de Bran ap Brychan; y eso provocaba que más de un padre decidido hubiera jurado clavar la cabeza de aquel sinvergüenza en el quicio de la puerta más próxima si lo encontraba a menos de una milla romana de la cama de su hija virgen.

Y es que había un aire de irresponsabilidad en su inocencia, de inconstancia y volatilidad en sus más solemnes afirmaciones y una falta de fidelidad en su ardor. Poseía un carácter agitado y despreocupadamente caprichoso, que la mayoría de las veces se manifestaba en un pícaro rechazo a considerar seriamente los asuntos importantes de la vida. Bran saltaba de una cosa a otra según su capricho, sin permanecer nunca lo suficiente como para afrontar las siempre inevitables consecuencias de sus aventuras y juguetes.

Ágil, de miembros gráciles, vestía habitualmente con los colores más oscuros, lo que le daba una apariencia de austeridad —una impresión que contradecía rotundamente el travieso centelleo de sus brillantes ojos negros y su súbita, impredecible y totalmente provocativa sonrisa—; sin embargo, gozaba de una infinita e inagotable indulgencia, aprovechándose siempre de lo mejor que su noble posición podía ofrecerle. El libertino hijo del rey Brychan estaba absolutamente pagado de sí mismo.

—Un beso, mi amor, y me iré volando —susurró Bran acercándose aún más.

Sintiéndose ambos atraídos y excitados por el peligro que Bran siempre llevaba consigo, Mérian cerró los ojos y rozó la mejilla del joven con sus labios.

—Ahí lo tienes —dijo firmemente, empujándolo—. Ahora, vete de una vez.

—Ah, Mérian —repuso, colocando su cabeza en el cálido pecho de la dama—. ¿Cómo puedo irme cuando dejarte atrás es dejar atrás mi corazón?

—Lo prometiste —bufó ella, exasperada, empujándolo de nuevo para que se marchara.

Entonces llegó el sonido de unos pasos arrastrándose, más allá de la puerta de la cocina.

—Date prisa. —Sobresaltada, ella tiró de su manga e hizo que se agachara—. Debe de ser mi padre.

—Déjale entrar. No tengo miedo. Resolveremos esto de una vez y para siempre.

—Bran, no —suplicó—. Si me tienes algún cariño, no dejes que nadie te encuentre aquí.

—Muy bien —respondió Bran—. Me voy.

Se acercó a ella y le robó un largo e intenso beso. Entonces, se encaramó a la ventana, abrió los postigos y se preparó para saltar.

—Hasta esta noche, mi amor —dijo, volviendo la vista atrás, y entonces se dejó caer al suelo del patio.

Mérian corrió a la ventana y tiró de los pesados postigos de madera hasta cerrarlos; se dio la vuelta y se apresuró, removiendo las brasas del hogar mientras el soñoliento cocinero entraba, arrastrando los pies, en la oscura y amplia estancia.

Bran se pegó al muro de la casa y escuchó las voces que descendían de la estancia: la pregunta que el cocinero musitaba y Mérian explicando qué estaba haciendo en la cocina antes de que rompiera el día. Sonrió. La verdad, no había tenido éxito aún intentando ganar el camino a la cama de Mérian; la atractiva hija de lord Cadwgan estaba demostrando ser una meta que valía todas sus artimañas. Aun así, antes de que el verano acabara, triunfaría. De eso estaba seguro.

Pero la estación del calor y la luz ya estaba en pleno declive. Los suaves colores verdes y amarillos del verano se desvaían en la monotonía del otoño. Pronto, muy pronto, los brillantes días darían paso al infinito gris de las nubes, a la niebla, a la lluvia helada y a las ventiscas.

Pero ya pensaría en ello en otro momento, ahora debía seguir su camino. Cubriéndose la cabeza con la capucha de la capa, Bran cruzó el patio a toda velocidad, escaló el muro por el punto más bajo y corrió hacia su caballo, que estaba atado tras un frondoso espino, junto a la pared.

Con el viento a su favor y un poco de suerte alcanzaría, de sobras, Caer Cadarn antes de que su padre partiera a Lun-dein.

Amanecía un día claro y despejado, y el camino estaba seco, así que espoleó con fuerza a su montura, descendiendo al galope por las amplias veredas, chapoteando al cruzar los arroyos y cabalgando velozmente por los empinados caminos de rueda. Pero la suerte no le acompañaba, pues acababa de atisbar el brillo pálido de la empalizada blanca del *caer* cuando su caballo se

detuvo, renqueante. El infortunado animal paró de repente y se negó a avanzar.

Ni todas las zalamerías del mundo hubieran persuadido a la criatura para que se moviera. Saltando de la silla, Bran examinó la pata delantera izquierda del animal; la herradura se había caído —probablemente la había perdido en medio de las rocas del último arroyo— y la pezuña se había partido. Había sangre en el espolón. Bran apoyó cuidadosamente la pata del animal en el suelo mientras lanzaba un suspiro y, recuperando las riendas, empezó a conducir a su renqueante montura por el camino.

Su padre le estaría esperando, y estaría furioso, pero ¿cuánto no estaba lord Brychan furioso?

Durante los últimos años —de hecho, desde que Bran podía recordar—, su padre había estado cocinando a fuego lento una ira permanente. Siempre borboteaba justo por debajo de la superficie y estaba dispuesta a entrar en erupción a la menor provocación. Y entonces, que Dios ayudara a quienquiera que estuviese cerca. Los objetos eran arrojados contra las paredes, los perros recibían patadas y también los sirvientes; cualquiera que estuviera al alcance recibía el fulminante latigazo de la lengua de su malhumorado señor.

Bran llegó al *caer* bastante más tarde de lo que había previsto y cruzó sigilosamente la puerta abierta de par en par. Como el herrero que abre la puerta de la forja, se preparó para recibir el ardor de la explosión de ira de su padre. Pero el patio estaba vacío, salvo por *Gwrgi*, el perro de caza medio ciego del señor, quien se acercó resoplando hasta poner su húmedo hocico en la palma de Bran.

—¿Se han ido todos? —preguntó Bran mirando a su alrededor. El viejo perro le lamió el dorso de la mano.

Justo entonces, el mayordomo de su padre llegó desde el salón. Severo, rígido y disconforme con todo, controlaba todas las idas y venidas del *caer* como una nube amenazadora y nunca era feliz a menos que pudiera hacer que alguien se sintiera más infeliz que él mismo.

—Llegáis tarde —informó a Bran, con un gesto de plena satisfacción asomando a sus delgados labios.

—Ya lo veo, Maelgwnt —dijo Bran—. ¿Cuánto hace que se han ido?

—No los alcanzaréis —replicó el mayordomo—. Si es que estáis pensando en eso. Al fin y al cabo, algunas veces me pregunto si pensáis...

—Tráeme un caballo —ordenó Bran.

—¿Por qué? —preguntó Maelgwnt, echando un vistazo a la montura que estaba plantada en la puerta—. ¿Habéis malmetido a otro?

—Limítate a traerme un caballo. No tengo tiempo para discutir.

—Por supuesto, mi señor, ahora mismo —dijo el mayordomo entre dientes—. Tan pronto como me digáis dónde encontrar uno.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Bran.

—No hay ninguno.

Con un gruñido de impaciencia, Bran corrió a las caballerizas, situadas en el extremo del patio largo y rectangular. Encontró a uno de los mozos limpiando las cuadras.

—Rápido, Cefn, necesito un caballo.

—Lord Bran —dijo el joven mozo—. Lo lamento pero no queda ninguno.

—¿Se los han llevado todos?

—La hueste entera ha sido reunida —explicó el mozo—. Necesitaban todos los caballos, excepto las yeguas.

Bran sabía a qué caballos se refería. Había cuatro yeguas, de las que habían nacido cinco potros a principios de la primavera. Los potros estaban en edad de destete, pero aún no habían sido apartados de sus madres.

—Tráeme a la negra —ordenó Bran—. Tendrá que ser ella.

—¿Que ha ocurrido con *Hathr*? —preguntó el mozo.

—*Hathr* perdió la herradura y se partió la pezuña. Necesitará cuidados durante algún tiempo y yo necesito unirme a mi padre en el camino antes de que acabe el día.

—Lord Brychan dijo que no...

—Necesito un caballo, Cefn —dijo Bran, cortando en seco sus objeciones—. Ensilla a la negra y date prisa. Tendré que cabalgar rápido si quiero alcanzarlos.

Mientras el mozo preparaba la yegua, Bran corrió a la cocina en busca de algo para comer. La cocinera y sus dos jóvenes ayudantes estaban atareadas pelando guisantes y protestaron

por la intrusión. No obstante, con sonrisas, zalamerías y algunas palabras cariñosas murmuradas al oído, Bran las engatusó y la vieja Mairead sucumbió a su encanto, como siempre hacía.

—Seréis rey un día —le reprendió—, ¿y así es cómo os comportaréis? ¿Robando comida de la cocina y revoloteando por quién sabe dónde toda la noche?

—Voy a ir a Lundein, Mairead. Es un largo viaje. ¿Consentirás que tu futuro rey pase hambre por el camino o vaya pidiendo limosna como un leproso?

—¡Señor, ten piedad! —cloqueó la cocinera, dejando sus labores a un lado—. Que nunca se diga que nadie se fue con hambre de mi cocina.

Vertió un poco de leche fresca en un tazón y echó en él unos pedazos de pan moreno; entonces hizo que Bran se sentara en un taburete. Mientras comía, cortó unas rodajas de las salchichas que habían preparado aquel mismo verano y le dio un par de manzanas verdes, que metió en la faltriquera de su cinturón. Bran acabó de engullir la leche y el pan y, lanzando un beso a la anciana sirvienta, salió de la cocina y volvió al patio, a los establos, donde Cefn estaba acabando de ajustar las cinchas de la silla a su caballo.

—Un millón de gracias, Cefn. Me has salvado la vida.

—*Olwen* es la mejor yegua que tenemos; intentad no presionarla demasiado —dijo el mozo mientras el príncipe salía estrepitosamente al patio. Bran lo saludó despreocupadamente y el mozo añadió entre dientes—: Y que nuestro señor Brychan se apiade de vos.

De nuevo en el camino, Bran sintió que esta vez podría recuperar el favor de su padre. Le llevaría uno o dos días, pero una vez que el rey viera cómo el príncipe cumplía con su obligación y estaba preparado para ir a Lundein, Brychan no podría negarse a restaurar los favores a su hijo. Sin embargo, Bran se dijo que debería pensar una historia creíble para excusar su ausencia.

Entonces, se puso a tejer una historia que, aunque no fuera enteramente creíble, pudiera al menos entretener lo suficiente para ablandar el rudo carácter del rey. Esta tarea lo tuvo ocupado mientras cabalgaba sin dificultades a lo largo del camino, en medio del bosque. Ya había vislumbrado el largo y serpen-

teante sendero que conducía a la alta, espesa y frondosa cumbre que constituía la frontera occidental del amplio Wye Vale, y estaba pensando que con un poco de suerte podría alcanzar a su padre y su hueste antes del atardecer. Pero este pensamiento se disolvió instantáneamente al ver a un jinete solitario tambaleándose hacia él, montado en un caballo renqueante.

Todavía había bastante distancia entre ellos, pero Bran logró ver que el hombre estaba encorvado en la silla, como si apremiara a su montura, que avanzaba penosamente, para que fuera más rápido.

«Seguro que está borracho, maldito bastardo —pensó Bran—, y no se da cuenta de que su caballo está reventado.» Bien, pararía a ese beodo cabeza hueca y vería si podía saber a qué distancia se encontraba su padre.

A medida que se aproximaba, vio algo en el hombre que le resultó familiar.

Cuando el jinete se acercó, Bran tuvo la seguridad de que lo conocía; y no se equivocaba.

Era Iwan.